

CAPITALISMO Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

JUAN BOSCH

[Política: Teoría y Acción, Año 8, No. 88, julio de 1987]

En los países del Nuevo Mundo calificados democráticos, incluyendo entre ellos Estados Unidos, la actividad política consiste en lanzar candidaturas a cargos electivos, desde los que han de regir los Ayuntamientos hasta las presidencias de las variadas repúblicas que hay en esos países, pero a ninguno de los que aspiran a esos cargos se les ocurre la idea de que la política no es ni puede ceñirse a ser eso. La política es a la vez la ciencia y el arte de resolver los problemas fundamentales de los pueblos, y en esa conjunción de ciencia y arte la primera es el conjunto de conocimientos requeridos para conocer las causas que dan origen a esos problemas y el segundo es la suma de los remedios que deberían aplicarse para resolverlos y los métodos y la oportunidad que se usarán para aplicarlos; o dicho de otra forma, la primera es la estrategia y el segundo es la táctica que deben perseguirse y ponerse en ejecución para eliminar los males presentes y evitar que su lugar sea ocupado por otros que podrían ser más graves, como lo sería, por ejemplo, que a la actual situación de inseguridad general y agobio económico de las grandes masas de la humanidad le sucediera el estallido de una guerra nuclear que acabaría con la vida humana, animal y vegetal que pulula en el planeta Tierra.

Ahora bien, no son sólo los aspirantes a cargos públicos los que ignoran qué es la política; también lo ignoran los comentaristas de los sucesos políticos de nuestros países, entre los cuales, debo repetir, se halla Estados Unidos; lo ignoran los directores de los medios de comunicación social como periódicos, estaciones de radio y canales de televisión, que dan cabida a cualquiera noticia o comentario de carácter político sin tomar en cuenta que el bajo nivel de tratamiento de los asuntos políticos contribuye a mantener el criterio de que la política es una actividad carente de categoría científica, y la aplicación de los conocimientos políticos es todo un arte que no puede ser comentado por quienes ignoren los principios que lo rigen.

Lo dicho queda demostrado por la publicación, en un periódico matutino de nuestro país, de un material transmitido el día 10 de julio de este año por la agencia de prensa ANSA. Ese material es un comentario publicado en Nueva York por el periódico The New York Times, considerado el más serio y prestigioso de Estados Unidos. Desde el punto de vista de los que ignoran que la política es una ciencia y, a la vez, un arte, el artículo de The New York Times, publicado en español con el título “Militares: Intocables en América Latina”, es un trabajo que debe ser calificado de positivo y progresista porque denuncia un

mal del que adolecen o han adolecido la mayoría de los países del Nuevo Mundo salvo Estados Unidos y Costa Rica: la intervención de los militares en la vida política.

El artículo de The New York Times empieza, en la información transmitida por ANSA, diciendo que “Las nuevas democracias no podrán echar raíces profundas mientras no haya una mayor madurez entre los militares y un mayor coraje entre los dirigentes políticos”, y se supone que esas “nuevas democracias” son Argentina, Uruguay y Brasil. ANSA dice que el periódico newyorquino deplora “las amnistías que varios gobiernos constitucionales de América Latina han concedido legalmente o de hecho a miembros de sus fuerzas militares y de seguridad involucrados en violaciones de los derechos humanos”.

Nos falta madurez

En el párrafo que sigue ANSA da la versión de lo que dijo The New York Times en la forma siguiente:

“Argentina es el campo de batalla más significativo de ‘la lucha entre civiles demócratas y jefes militares que rehúsan dar cuenta de sus actos’, pero el problema ‘tiene dimensiones continentales’, puntualizó el diario, al observar que desde aquel país sudamericano hasta Guatemala, pasando por Uruguay, Perú y El Salvador, la situación de los nuevos gobiernos constitucionales se caracteriza por ‘el fastidio cada vez mayor con que los militares tratan a los dirigentes de gobiernos elegidos’ democráticamente”.

Todo el artículo del diario newyorquino es una cálida defensa del derecho de los gobiernos recientemente elegidos en América Latina a imponerles a las jefaturas militares de sus respectivos países el respeto a las leyes y a los resultados de las elecciones, y naturalmente esa actitud de The New York Times lo presenta como una institución militante en la defensa de la llamada democracia de nuestros países, pero una defensa formal, que se apoya nada más en las apariencias de la democracia, no en las bases que deben darle sustento. Por ejemplo, ANSA dice que según el diario norteamericano, después de tener que:

“pedir a los generales (argentinos, nota de j. b.) que sofocasen un motín cuartelario”, [Alfonsín] “se sintió obligado a aceptar la concesión de una amnistía de la cual fueron eximidos sólo 50 oficiales, dejando sin efecto las acusaciones

existentes a cargo de todos aquellos que simplemente habrían obedecido órdenes”.

El artículo de The New York Times sigue en ese tono y se refiere al caso de Guatemala y El Salvador, donde los Presidentes Vinicio Cerezo y José Napoleón Duarte no han podido deshacerse de ninguno de los oficiales militares culpables de asesinatos en masa de civiles, y al final recuerda el de las cuatro monjas norteamericanas que antes de ser asesinadas fueron violadas por soldados salvadoreños; pero en ningún momento el prestigioso diario newyorquino da señales, siquiera, de que alguien en su equipo de comentaristas de la política le haya dedicado tiempo a estudiar las causas de que la situación de la llamada democracia de los países latinoamericanos sea como lo dice en sus páginas.

De la política habla mucha gente, hablan millones de personas, y en Estados Unidos hablan con lenguaje de grandes maestros nada menos que el Presidente Ronald Reagan y el teniente coronel Oliver North, pero a nadie se le ha ocurrido preguntarse a qué se debe que en la mayoría de los países latinoamericanos la democracia no puede funcionar; y no se lo preguntan porque todo los que en Norteamérica tratan ese tema creen que lo saben: se debe a que nuestros pueblos están formados por gente ignorante, que ignora qué cosa es la democracia, y nadie se toma el trabajo de enseñarles cómo debe funcionar el llamado sistema democrático; y cuando se dice nadie se dice que ni siquiera un profesor norteamericano de la ciencia política. Para los profesores de esa materia y ese país, la democracia no funciona entre nosotros porque nos falta madurez, que es una manera de decir que nos mantenemos en la infancia del conocimiento de las ciencias sociales.

Capitalismo y democracia

Las ciencias sociales requieren que quienes las estudian penetren en el conocimiento, no meramente de los hechos sino de las causas que los provocan. Una de las razones por las que la historia de nuestros pueblos es mal conocida se halla en el hecho de que los acontecimientos históricos se relatan, como si fueran cuentos, pero no se estudian; sus causas y sus efectos no son debidamente analizados como deberían serlo si se tiene conciencia de que ningún hecho histórico se da en el vacío; que todos y cada uno han sido originados en otros hechos, pero también que todos y cada uno tienen consecuencias, a veces

tempranas y a veces tardías, y hasta muy tardías. Por ejemplo, como no hay acontecimiento político que no haya sido precedido por un hecho económico, en cada suceso de carácter político hay que buscar la causa económica, y en sentido contrario, cada vez que se presente un acontecimiento económico, como por ejemplo, una crisis lo suficientemente profunda y prolongada para afectar a una mayoría de hombres y mujeres, hay que estar alertas para enfrentar el suceso político que esa crisis provocará. En algún que otro caso, como fue, por ejemplo, el Gran Crack de 1929, sus efectos condujeron a la Segunda Guerra Mundial debido principalmente al hecho de que las consecuencias de la Primera Guerra Mundial habían provocado, en Rusia, el establecimiento del primer Estado socialista (llamado entonces comunista), en Italia y Alemania, la aparición del fascismo y el nazismo, que eran dos organizaciones de vocación guerrillera, y en Japón, la agresión contra China que fue llevada a cabo con el propósito de colonizar el enorme territorio de ese país. El fascismo y el nazismo fueron creados para enfrentarlos a la Revolución Rusa, y estaban listos para actuar en esa dirección cuando la economía mundial cayó en la crisis de 1929.

Ahora bien, cada régimen político es el fruto de un sistema económico; y entre ellos la democracia fue el fruto del capitalismo; por eso se explica que Estados Unidos naciera como un Estado organizado a la manera democrática por primera vez en la historia humana, porque antes de llegar a organizarse políticamente de esa manera los habitantes de las colonias inglesas de América del Norte formaban la única sociedad capitalista conocida en cuyo seno no había el menor rastro de feudalismo, y, en consecuencia, allí no se conocían ni la nobleza ni sus privilegios sociales y económicos; pero ese no fue el caso de los países de América Latina, salvo Costa Rica.

Cuando descubrió y colonizó a la porción de América que habla su lengua, España no era un país feudal, pero tampoco era país capitalista, y en consecuencia, no trajo a América el feudalismo, pero tampoco trajo el capitalismo, de manera que desde todos los puntos de vista nuestros países fueron, desde el primer momento de su formación social, y por tanto histórica, asiento de pueblos que no podían organizarse políticamente como democracias porque les faltaba el apoyo que debía proporcionarles a la democracia el sistema capitalista; y eso, no razones de otra índole, como la inmadurez o el atraso racial, es lo que explica que no hayamos sido y no seamos hoy sociedades democráticas.

Pero otro tanto sucedió en España, que vino a ser un país democrático después que la dictadura de Francisco Franco lo convirtió en capitalista desarrollado, porque hasta entonces había sido una sociedad señorial, la tierra del Señorito, rica en duques, marqueses, condes, y nunca huérfana de un príncipe o una princesa, pero no una sociedad capitalista, y sin una sociedad de capitalismo desarrollado no hay base política para mantener funcionando un Estado democrático.